

CROSSES ARE NOT ENOUGH

by Jay Stone

<https://jaystone5.wordpress.com/2026/01/28/crosses-are-not-enough/>

I made a cross for a sixteen year old boy who died while crossing in search of a life he hoped was possible.

I made a cross for a boy who would be my age today.

I made a cross for Juan de Jesús García who died on July 7, 2020.

Two years earlier, I had carried a cross for Geri Barrios Olivares, another man who died in the desert. He was 22. I was the cross bearer for my delegation, holding the weight of someone I never met but could not forget. This time, I was given the opportunity to make the cross myself for another life lost to the same landscape, the same policies, the same indifference.

As I worked, I prayed not only for his life and for his family, but for those still walking through the desert and for change to come. I prayed for a world that has made death an acceptable form of deterrence. I never knew him, yet I carried his name.

At the U.S. border, there are places where the wall thins and the agents disappear, not because the crossing is safer, but because the desert itself has been weaponized. There is no razor wire, no heavy surveillance, because heat, dehydration and exposure do the work. Death becomes the deterrent. And if you see someone crossing, if you see someone dying, you are not allowed to give them water or aid because that would be considered illegal by aiding an undocumented person.

These deaths are not failures of the system. They are the system working exactly as designed.

While in Nogales, we learned about José Rodríguez. He was sixteen years old. He was standing on the Mexican side of the border when a U.S. Border Patrol agent shot him ten times in the back through the fence. The justification was that he and his friends were throwing rocks over the fence. The agent was acquitted.

These stories are not isolated. They are not accidents. And they are no longer confined to the border.

This violence is happening in our neighborhoods, in our cities and in plain sight. It is happening not only to people of color, but also to those who stand beside their neighbors, who refuse to look away and who refuse to comply with silence. And still, many choose not to speak. We notice that silence. Silence has weight. Silence is a choice.

It is easy to debate these stories when they do not disrupt your daily life. It is easy to call them political instead of personal and distant instead of urgent. Comfort creates distance and distance allows cruelty to feel easy to ignore. But comfort is not neutral. When your safety depends on someone else's disposability, silence becomes complicity.

Some justify these actions through religion, through a version of Christianity that protects power instead of people. But standing behind faith to excuse cruelty is not faith at all. Christianity at its core is not about borders, punishment or exclusion. Jesus was not aligned with the powerful. He was a liberator for the oppressed. Any belief system used to rationalize suffering has been stripped of its moral foundation.

This is not just about the border. It is about who we decide is worth protecting, whose lives are mourned and whose deaths are explained away. It asks whether we will stay silent because it is easier, or have courage because it is right, despite the cost.

I made a cross, but crosses should not be the only response we give.



Hice una cruz para un joven de dieciséis años que murió al cruzar en busca de una vida que esperaba que fuera posible.

Hice una cruz para un joven que hoy tendría mi edad.

Hice una cruz para Juan de Jesús García, quien murió el 7 de julio de 2020.

Dos años antes, cargué una cruz por Geri Barrios Olivares, otro hombre que murió en el desierto. Tenía veintidós años. Fui la persona que cargó la cruz por mi delegación, sosteniendo el peso de alguien a quien nunca conocí, pero que no pude olvidar. Esta vez, tuve la oportunidad de hacer la cruz yo misma para otra vida perdida en el mismo paisaje, bajo las mismas políticas y la misma indiferencia.

Mientras trabajaba, oré no solo por su vida y por su familia, sino también por quienes aún caminan por el desierto y por que llegue el cambio. Oré por un mundo que ha convertido la muerte en una forma aceptable de disuasión. Nunca lo conocí, pero llevé su nombre conmigo.

En la frontera de Estados Unidos, hay lugares donde el muro se vuelve más delgado y los agentes desaparecen, no porque el cruce sea más seguro, sino porque el desierto mismo ha sido convertido en un arma. No hay alambre de púas en estas zonas, ni vigilancia intensa, porque el calor, la deshidratación y la exposición hacen el trabajo. La muerte se convierte en el disuasivo. Y si ves a alguien cruzando, si ves a alguien muriendo, no se te permite darle agua o ayuda, porque eso sería considerado ilegal por ayudar a una persona indocumentada.

Estas muertes no son fallas del sistema. Son el sistema funcionando exactamente como fue diseñado.

Mientras estábamos en Nogales, aprendimos sobre José Rodríguez. Tenía dieciséis años. Se encontraba del lado mexicano de la frontera cuando un agente de la Patrulla Fronteriza de Estados Unidos le disparó diez veces por la espalda a través de la reja. La justificación fue que él y sus amigos estaban lanzando piedras por encima del muro. El agente fue absuelto.

Estas historias no están aisladas. No son accidentes. Y ya no están limitadas solo a la frontera.

Esta violencia está ocurriendo en nuestros vecindarios, en nuestras ciudades y a plena vista. No solo les sucede a las personas de color, sino también a quienes se ponen del lado de sus vecinos, a quienes se niegan a mirar hacia otro lado y a quienes se niegan a obedecer el silencio. Y aun así, muchas personas eligen no hablar. Notamos ese silencio. El silencio tiene peso. El silencio es una decisión.

Es fácil debatir estas historias cuando no interrumpen tu vida diaria. Es fácil llamarlas políticas en lugar de personales, distantes en lugar de urgentes. La comodidad crea distancia y la distancia permite que la crueldad sea fácil de ignorar. Pero la comodidad no es neutral. Cuando tu seguridad depende de que otras personas sean consideradas desechables, el silencio se convierte en complicidad.

Algunas personas justifican estas acciones a través de la religión, a través de una versión del cristianismo que protege al poder en lugar de a las personas. Pero escudarse en la fe para excusar la crueldad no es fe en absoluto. El cristianismo, en su esencia, no trata de fronteras, castigos o exclusión. Jesús no estuvo del lado de los poderosos. Fue un liberador de los oprimidos. Cualquier sistema de creencias que se use para justificar el sufrimiento ha sido despojado de su base moral.

Esto no se trata solo de la frontera. Se trata de a quién decidimos proteger, de qué vidas lloramos y de cuáles muertes explicamos o justificamos. Nos pregunta si permaneceremos en silencio porque es más fácil, o si tendremos el valor de hacer lo correcto, a pesar del costo.

Hice una cruz, pero las cruces no deberían ser la única respuesta que damos.